LA CIUDAD, MARCO DE RENOVACIÓN DE LA SOCIEDAD EUROPEA MEDIEVAL*

Juan Ignacio Ruiz de la Peña Solar
Universidad de Oviedo

En el año 1007 Foulques Nerra, conde de Anjou, dirige una carta a los oficiales de los dominios condales de la abadía de Beaulie. Se trata de uno de tantos textos formularios de la época que hubiera pasado inadvertido, entre otros muchos del mismo género, si no fuera por la novedad que supone le hecho de que, por vez primera, en la epístola del noble francés hace acto de presencia una palabra que nos pone en la pista de los inicios de un trascendental proceso de cambio que, hace

---

* Conferencia pronunciada en agosto de 1990 en Nájera y en el marco de la I Semana de Estudios Medievales. Al cabo de diez años y atendiendo la solicitud de los responsables de las Semanas najerenses -que han alcanzado una merecida consolidación en el horizonte de las cada vez más frecuentes reuniones periódicas centradas en el campo científico del medievalismo- se reproduce ahora el texto de aquella conferencia en la forma de su primera redacción, con muy elemental aparato crítico, como correspondía al carácter mismo de una exposición oral hecha sin intención de una ulterior publicación, que hubiera exigido mayor amplitud y más abundante y rico apoyo erudito ausente del presente texto. Una buena exposición de conjunto sobre el tema que aquí se aborda la ofrecía no hace mucho M. ASENJO GONZÁLEZ: *Las ciudades en el Occidente Medieval*, Madrid, Arco Libros, 1996. Desde 1990, año en que ve la luz la excelente obra de J. HEERS: *La ville au Moyen Âge* (Paris, Fayard), la bibliografía foránea de historia urbana medieval ofrece numerosos títulos referidos tanto a estudios de carácter monográfico como a exposiciones de conjunto; entre estas últimas era objeto de reciente traducción la de G. JEHEL y PH. RACINET: *La ciudad medieval. Del Occidente cristiano al Oriente musulmán (siglos V-XV)*, Barcelona, Omega, 1999, con selecto registro bibliográfico.

ahora casi un milenio, comenzaba a conmover los cimientos tradicionales de la sociedad medieval: "Si contra monachos *burgenses* insurrexerint..."[1]. Henos así ante el acta de nacimiento, la fecha precisa de aparición de un término *-burgués-* cuya futura evolución iba a ser, a la vez, tan rica y tan mudable, hasta el punto de que la exégesis de sus contenidos semánticos todavía atrae hoy la atención de sociólogos e historiadores y viene constituyendo, desde hace mucho tiempo, el eje de un incontable número de estudios.

Pero ¿quiénes son estos *burgeses* que por primera vez, en el año 1007, irrumpen en el lenguaje de los textos? ¿Qué nuevas realidades o situaciones encubre esa palabra, también nueva? ¿A qué cambio se asocia su empleo? ¿Cuál es, en fin, la lectura histórica que de ella deba hacerse?.

En la propia epístola de Foulques de Nerra, en el examen de las fuentes de muy diversa naturaleza que nos descubren la primera historia del siglo XI encontramos la respuesta. No necesitamos siquiera alejarnos hasta las lejanas y rientes tierras anjevinas. Muy cerca de donde ahora nos encontramos, el texto foral que sólo diez años después del de la carta condal, en 1017, otorgaba el monarca Alfonso V a los habitantes de la ciudad de León, nos da suficientes claves explicativas del fenómeno histórico fundamental que comienza a operarse en el mundo occidental y del que todavía los contemporáneos tardarían en tomar clara conciencia[2].

Recurro al ejemplo de León no sólo por razones de proximidad geográfica si no porque nuestro gran medievalista Claudio Sánchez-Albornoz ha reconstruido, con la ayuda de aquel fundamental texto foral y de otros documentos coetáneos y con su habitual maestría[3], unas animadas estampas de la vida leonesa de hace mil años que introducen en el tradicional escenario rural y belicoso del Medievo un nuevo decorado que puede calificarse ya de urbano, en el que los personajes son también gentes con unas nuevas pautas de comportamiento, con un nuevo talante

---

[1] R. PERNOUD: *Histoire de la bourgeoisie en France. I: Des origines aux temps modernes* (Paris, 1960), pp. 21 y ss.

[2] Una ed. reciente de este ordenamiento jurídico con traducción y comentarios ha sido publicada bajo la coordinación de R. PÉREZ BUSTAMANTE: *El Fuero de León. Comentarios*, s.l., s.a. (León, 1983).

[3] C. SÁNCHEZ ALBORNOZ: *Una ciudad de la España cristiana hace mil años. Estampas de la vida de Léon*, Madrid, 1960. Hay numerosas ediciones a partir de la primera (Madrid, 1926).

vital, que responden al tipo social al que el conde de Anjou aplica por la misma época y no sin una evidente muestra de hostilidad, o, al menos, de prevención, el calificativo de *burgueses*.

Hostilidad, en el mejor de los casos prevención o recelo son las actitudes con que los poderes dominantes de la sociedad europea -la nobleza feudal y el alto clero- asisten desde principios del siglo XI y durante mucho tiempo después a un proceso, el nacimiento de las ciudades, que en palabras de quien ha sido, quizá, uno de los más grandes estudiosos de la historia urbana europea -Henri Pirenne- "marca el comienzo de una nueva era en la historia interna de la Europa occidental".

Y al nacimiento y desarrollo de las ciudades y villas medievales se asocia la emergencia y rápida consolidación de un nuevo grupo social -el representado por los burgueses- que se sitúa, de entrada, al margen del rígido esquema funcional en el que el pensamiento medieval había confinado hasta ese momento a la sociedad de la época. Una sociedad de señores y campesinos sobre la que planea la influencia poderosa de la Iglesia.

Efectivamente, el término burgués encierra una triple apelación: topográfica, ya que por oposición al campesinado, el burgués encuentra en los marcos urbanos definidos por unos rasgos morfológicos sobre los que se destaca la muralla, su propio y específico ecosistema; económica: los burgueses son los representantes de unas nuevas formas de actividad productiva, desligadas del laboreo de las tierras y el pastoreo del ganado como fuente primaria de obtención de riqueza y vinculadas al ejercicio profesional del comercio y de la industria; y jurídica, ya que el derecho urbano, el estatuto de las comunidades burguesas se configura a través de la liberación de cargas y prestaciones señoriales con un derecho privilegiado, contrapuesto al derecho feudal y señorial cuyos gravámenes, a veces muy onerosos, se proyectan sobre la población del mundo rural. Con razón un viejo proverbio alemán decía que el aire de la ciudad hace libre.

Acorde con esas características de la población que acoge está la definición, ya clásica, que Pirenne propuso hace mucho tiempo y cuya vigencia refrendaba últimamente Y. Barel, de la ciudad medieval, tal como se nos presenta en el momento de la definitiva consolidación del fenómeno urbano en la Europa feudal de la época:

> "Una comuna que -al amparo de una muralla fortificada- vive del comercio y de la industria y goza de un derecho, una administración y una jurisprudencia de excepción, que la convierten en una persona colectiva privilegiada"[4].

Con todo, el reconocimiento de la nueva y revolucionaria realidad socio-económica que encubría el término *burgués* tardaría más de dos siglos en tener acogida en las obras doctrinales, literarias y jurídicas, aunque la palabra circulase ya ampliamente en los diplomas.

Hasta el siglo XIII la concepción de la estructuración de la sociedad estaría ligada al esquema tripartito de los "tres estados" -*oratores*, defensores, *bellatores* o *pugnatores* y *laboratores* o agricultores- según el clásico modelo fijado por los obispos Adalberón de Laon y Gérard de Cambrai, en 1016 y 1036, respectivamente, es decir, muy pocos años después de que el conde de Anjou emplease en una de sus cartas oficiales esa nueva palabra -*burgués*- que sólo se incorporaría al tradicional orden tricotómico cuando el nuevo mundo urbano, en gestación desde el siglo XI, se había impuesto definitivamente en la configuración de las fuerzas sociales, económicas y políticas y en las pautas de comportamiento de la sociedad medieval. Y es que "para desesperación de los historiadores -decía el gran Marc Bloch- los hombres no tienen el hábito de cambiar de vocabulario cada vez que cambian de costumbres"[5].

* * *

En el curso del siglo XII y, sobre todo, en el XIII, el renacimiento europeo, el *take-off* de la Cristiandad occidental alcanza sus cotas máximas.

"La Edad Media -dirá Génicot- encuentra su equilibrio en el período de un centenar de años, aproximadamente, que se abre hacia 1125 o 1150 y constituye uno de los grandes momentos de la Historia"[6].

---

[4] H. PIRENNE: *Las ciudades medievales* (Buenos Aires, 1962), p. 132. Y. BAREL: *La ciudad medieval. Sistema social-sistema urbano* (Madrid, 1981), p. 67.

[5] M. BLOCH: *Introducción a la historia* (México-Buenos Aires, 1965), p. 132.

[6] L. GÉNICOT: *El espíritu de la Edad Media* (Barcelona, 1963), p. 21.

La referencia a esta etapa de la historia occidental como "época de la plenitud medieval" se ha convertido ya en un lugar común porque, como señala con justeza J. Valdeón, "la mayoría de los conceptos, de las imágenes o de los tópicos que circulan a propósito de la sociedad, la cultura o el espíritu peculiares de la Edad Media, se han constituido a partir de los problemas específicos que vivieron los europeos desde mediados del siglo XI hasta finales del siglo XIII"[7].

Y en el centro o en la base de las transformaciones que se operan en esos siglos centrales del Medievo se encuentra inevitablemente la ciudad, la fuerza creativa y renovadora de los nuevos grupos sociales que ella alberga: la burguesía.

Desde el siglo XI, y más claramente desde el XII, el renacimiento de la vida urbana, con la fundación a todo lo largo y ancho de la geografía occidental de un incontable número de ciudades y villas nuevas o la restauración de las viejas civitates episcopales de tradición romana, significa la definitiva consolidación del principio de la división del trabajo, de la economía mercantil e industrial y de los nuevos grupos sociales burgueses que introducen un elemento hondamente dinamizador en la estructura tradicional de la sociedad feudal.

> "Este parece ser el momento -dirá G. Duby refiriéndose a los últimos decenios del siglo XII- en que decididamente y en todas partes, no solamente en Italia, la vitalidad urbana es superior a la de los campos. Estos, en el desarrollo económico no serán en adelante sino simples acólitos seguidores: el campesino cede al burgués el papel de animador y, en los medios de vanguardia, las resistencias mentales serán doblegadas en todas partes"[8].

Con razón pudo decir J. Le Goff que en el proceso de reactivación económica que Europa vive en esta época las ciudades sustituyen a los monasterios de la alta Edad Media, matizando que este fenómeno "no adquiere suficiente amplitud hasta el siglo XII, en que, entonces sí, modificó profundamente las estructuras económicas y sociales de Occidente y comenzó, a través del movimiento comunal, a conmover las estructuras políticas".

---

[7] J. VALDEÓN: *Historia General de la Edad Media (siglos V al XV)* (Madrid, 1971), p. 7.

[8] G. DUBY: *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea* (Madrid, 1974), p. 333.

Y el mismo gran historiador francés en su precioso ensayo dedicado a los intelectuales de la Edad Media nos dirá:

> "En un principio fueron las ciudades. El intelectual de la Edad Media en Occidente nace con ellas. Con su crecimiento, ligado a la función comercial e industrial -digamos, modestamente, artesanal- aparece como uno más entre los hombres de oficio que se instalan en las ciudades, donde se impone la división del trabajo"[9].

El intelectual, es un producto típico de la ciudad medieval; el hombre para quien escribir o enseñar o ambas cosas a un tiempo es su oficio, el hombre que tiene una actividad profesional de docente y de sabio, nace y se desarrolla con las ciudades. En ese nuevo decorado urbano que va construyéndose en Europa, donde todo circula y cambia, los intelectuales desde el siglo XII -según Le Goff- "ponen nuevamente en marcha la historia y comienzan por definir su misión en el tiempo: *veritas, filia temporis*, dirá Bernardo de Chartres"[10].

El hogar y motor de ese cambio que al unísono promueven los intelectuales y burgueses y que a la larga afectará a la misma concepción antropológica de la sociedad, es la Universidad, que nuestras Partidas definen como "ayuntamiento de maestros e de escolares que es fecho en algún lugar con voluntad e entendimiento de aprender los saberes"[11]. Su eclosión en los siglos centrales del Medievo y en el seno de las comunidades urbanas da un nuevo sesgo de modernidad a la sociedad europea que echa por tierra los típicos clichés que acerca de esa edad circulan todavía profusamente entre los hombres de hoy. No me resisto a brindar aquí el ejemplo de un llamativo paralelismo entre situaciones de esa época medieval, tan desconocida como injusta y torpemente denostada, y situaciones actuales o próximas, referidas precisamente a ese medio universitario urbano que nos resulta tan familiar. Se trata de alguna de las reivindicaciones planteadas por estudiantes parisinos y de los conflictos que agitaban el desarrollo de la actividad docente durante el siglo

---

[9] J. LE GOFF: *Los intelectuales de la Edad Media* (Buenos Aires, 1965), pp. 13 y 11.

[10] *Op. cit.*, p. 23.

[11] Part. 2, tít. 31, 1. 1.

XIII. Gilette Ziegler ha tenido la curiosidad de registrarlas hace algunos años[12]. Los hechos revisten una increíble actualidad, recordémoslos una vez más:

> "Los estudiantes protestan porque las aulas están abarrotadas y la enseñanza es demasiado autoritaria. Los profesores quisieran organizar el trabajo en seminarios con los alumnos, pero interviene la policía. En un encuentro cinco estudiantes resultan muertos (1200). Se introduce una reforma que da autonomía a los profesores y a los estudiantes. Los estudiantes, con el pretexto de los precios elevados, invaden y destruyen una hostería. El jefe de la policía interviene con una compañía de arqueros y hiere a unos viandantes. Grupos de estudiantes llegan procedentes de las calles próximas y atacan a la fuerza pública, arrancando el pavimento y lanzando adoquines. Huelga general en la Universidad, se forman barricadas en el edificio. Estudiantes y profesores desfilan hacia universidades periféricas. Después de largas negociaciones el rey crea colegios y comedores universitarios (1229). Violentas luchas entre estudiantes y policía, los profesores seculares protestan contra el dominio de las órdenes mendicantes en las cátedras (1253). Destitución de algunos profesores por rechazar las decisiones de la asamblea de facultad autorizada por el papa. Los profesores destituidos publican un libro blanco titulado *El peligro de los tiempos recientes*, condenado por bula papal de 1256".

No se trata de recortes de prensa de mayo del 68 sino de noticias extraídas de los anales de la Universidad de París correspondientes al siglo XIII.

Dice Lewis Mumford en su hermoso libro *La ciudad en la Historia* que, en determinados aspectos, la ciudad medieval consiguió cosas vedadas a todas las culturas urbanas que la precedieron, logros que sintetiza en los dos siguientes: el que por primera vez la mayoría de los habitantes de una ciudad eran hombres libres, con la única excepción de los grupos minoritarios segregados por consideraciones étnico-religiosas; y el que "si bien la estructura social de la ciudad siguió siendo jerárquica, el hecho de que el siervo pudiera convertirse en un ciudadano libre había destruido toda segregación biológica de las clases, dando lugar a una creciente medida de movilidad social"[13].

---

[12] Lo recoge U. ECO: *La nueva Edad Media* (Madrid, 1974), pp. 18 y s.

[13] L. MUMFORD: *La ciudad en la historia*, II (Buenos Aires, 1966), p. 444.

A la consagración del principio de división del trabajo, con el nacimiento de la burguesía y de ese espécimen social nuevo que es el intelectual, en el esclerotizado mundo feudal y rural de la primera Edad Media, y al triunfo de los principios de libertad y movilidad social que apuntaba Mumford como logros de la ciudad medieval, habría que añadir lo que Oswal Spengler califica del milagro que supone, en el arranque de la que él llama época fáustica, el nacimiento del "alma de la ciudad".

Para el genial y en tantos aspectos iconoclasta filósofo de la historia "toda época primera de una cultura es al mismo tiempo la primavera de una organización ciudadana". Y en el siglo XIII, cuando el fenómeno urbano se ha impuesto ya decididamente en el mundo occidental, la ruptura con el orden tradicional, incluso en el plano de las formas y las prácticas religiosas -y la sociedad medieval es ante todo una *societas christiana*, aspira a ser una ciudad de Dios- se manifiesta en la aparición de un nuevo espíritu que, alejándose del campo, encontrará en las ciudades su propio marco de referencia.

> "Las órdenes religiosas de la precultura occidental, los benedictinos y sobre todo los cluniacenses y cistercienses, se establecieron, como los caballeros andantes, en pleno campo. Los franciscanos y dominicos, en ese siglo del clasicismo medieval y de auge de la nueva civilización urbana que es la decimotercera centuria, son los primeros que construyen sus conventos en las ciudades góticas; la nueva alma ciudadana acaba de despertar"[14].

* * *

A la imagen de plenitud, equilibrio, expansión, que ofrece la civilización occidental en los siglos centrales del Medievo, se contrapone la de las dos centurias finales del mismo (siglos XIV y XV), etapa que la historia ha venido asociando, sobre todo, al recuerdo de hambres y catástrofes naturales, conflictos políticos y profundas crisis espirituales y que tratará bajo unas rúbricas definitorias que intentan precisamente traducir el fenómeno de ruptura con la armónica evolución de la

[14] O. SPENGLER: *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal*, II (Madrid, 1958), p. 113.

época precedente: "los tiempos difíciles", "la época de la gran depresión", "los siglos críticos"...[15].

Un jalón fundamental en el desencadenamiento de esa crisis, en gestación desde finales del siglo XIII, se sitúa en las terribles hambres de los años 1315-1317, que marcan el comienzo de un proceso de contracción demográfica en el que incidirán con devastadores efectos la Gran Peste de 1348-1350 y los brotes epidémicos que se suceden, a veces con intervalos muy cortos, hasta bien entrado el siglo XV, retardando la recuperación de los efectivos de la población europea.

A la fractura demográfica se asocian estrechamente los desajustes económicos y una situación casi endémica de conflictividad bélica que tiene su hilo conductor en la llamda Guerra de los Cien Años: un enfrentamiento político que se inicia con los caracteres de una guerra de tipo feudal, en el cuarto decenio del siglo XIV y que iría adquiriendo los rasgos propios de una verdadera guerra nacional en cuyas sucesivas fases, hasta su definitiva liquidación en la segunda mitad de la siguiente centuria, se verán involucrados la mayor parte de los países del área occidental.

Acaso ningún tetimonio resuma mejor las dificultades de todo tipo que ensombrecen el horizonte de la vida europea de la tardía Edad Media y el grado de autoconciencia que los contemporáneos tenían de ellas que la rogativa pública incorporada al ritual litúrgico de esa calamitosa época: "a fame, bello et peste liberanos domine".

El efecto combinado de estas tres maldiciones apocalípticas determinará el cuarteamiento de las estructuras sociales y político-institucionales y de las actitudes mentales que habían dado el tono a la vida de la plena Edad Media. La exasperación del campesinado, sobre el que recaerá el peso principal de los desajustes económicos, se expresará en revueltas espontáneas de inusitada violencia -la insurrección del litoral flamenco, la *jacquerie* francesa de 1358, las revueltas inglesas de 1381- que encuentran su correspondencia por la misma época y todavía en el siglo XV en graves conflictos urbanos, tan bien analizados por M. Mollat y Ph.

---

[15] J.I. RUIZ DE LA PEÑA: *Introducción al estudio de la Edad Media* (Madrid, 1984), pp. 87 y ss.

Wolf[16]: es la lucha de los pequeños contra los grandes, del pueblo contra el patriciado urbano, la gran burguesía del dinero que controla los resortes del poder político y económico en las ciudades. Enfrentamientos que adquieren especial virulencia en las grandes urbes industriales y mercantiles de los Países Bajos y del norte y centro de Italia, donde los contrastes sociales eran más agudos, pero cuyas manifestaciones se generalizan, en mayor o menor medida, por todo el mundo occidental en el ocaso de la Edad Media. La geografía de los movimientos sociales, urbanos y campesinos, en la Europa bajomedieval muestra claramente la expansión de una situación de desequilibrio que respondía, en última instancia, a la influencia de unos factores infraestructurales compartidos también, con las inevitables matizaciones locales, por todos los países del área occidental europea.

Las superestructuras políticas feudales se derrumban al faltarles la base de sustentación de unas estructuras socioeconómicas minadas por la crisis agraria, la recesión demográfica, el cambio de los sistemas productivos y la ruina de la vieja aristocracia militar.

Cambian también las actitudes mentales de la sociedad. Cambian las expresiones culturales en la medida en que traducen un determinado clima ideológico y siguen la suerte de las propias transformaciones que este acusa. Y cambia todo el entramado institucional eclesiástico, carente ya, como el sistema político feudal, de la base sustentadora que había tenido hasta principios del siglo XIV. Si bien el gran Cisma de Occidente, que estalla en 1378 y se prolonga por espacio de cuarenta años es, sin duda, la expresión más grave y palmaria de las contradicciones internas de las superestructuras eclesiásticas en las postrimerías de la Edad Media, las nuevas formas de religiosidad popular, la búsqueda de nuevos caminos a la sensibilidad espiritual, y al final, con frecuencia, la ruptura heterodoxa o, al menos, la liberación de las nuevas fuerzas creadoras de signo individualista, son los síntomas más claros del cambio de referencias ideológicas que acompaña el tránsito del Medievo al Renacimiento: del hombre inserto en la *societas christiana* al hombre moderno -así se autocalificaban ya los seguidores de Guillermo de Ockam (+ 1347)- que cultiva desde principios del siglo XIV una *ars nova*, se entrega a las efusiones místicas de

---

[16] M. MOLLAT y PH. WOLFF: *Uñas azules, Jacques y Ciompi. Las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV*, Madrid, 1976.

[17] RUIZ DE LA PEÑA: *op. cit.*, p. 89.

la *devotio moderna* y toma ya clara conciencia, como hace Coluccio Salutatti (+ 1406) de lo que él mismo llamará "nostra modernitas"[17].

Porque en definitiva, el mundo que aflora al compás de la lenta recuperación que Europa inicia en el curso del siglo XV y que tan fielmente reflejan las observaciones que se deslizan en las obras de cronistas oficiales y anónimos -Froissart, Commines, Deschamps, el burgués parisino que escribe sus diarios en las primeras décadas de aquella centuria-, el mundo salido de la crisis de los siglos XIV y XV, poco tiene ya que ver con la imagen que nos ha legado la que Génicot llamaría "Edad de Oro" del Medievo y que corresponde a sus dos siglos centrales: XII y XIII.

En todo caso nos encontramos aquí ante una crisis que se resuelve dando paso a la Modernidad y que es, ante todo, "crisis de crecimiento, una revuelta creadora, un alumbramiento"[18].

Si Huizinga pudo bautizar los siglos XIV y XV con la frase feliz de "Otoño de la Edad Media" las mismas razones podrían justificar el tratamiento de ese período bisecular como "Primavera de la Edad Moderna", porque, en realidad, los rasgos que caracterizan la crisis de la etapa final del Medievo se corresponden con los propios del arranque de la Modernidad. Con razón se ha podido decir que Francesco Petrarca, nacido en 1304, es ya, en cierto sentido, el primer hombre moderno.

* * *

La ciudad, que sobrevive y aun sale fortalecida, como organismo dotado de un increíble poder creacional, a las conmociones que esmaltan el tránsito del mundo medieval al moderno, la comunidad burguesa que ella alberga, será la base de la renovación de la concepción antropológica de una sociedad que en el siglo XV marcha ya decididamente por los nuevos senderos del humanismo.

¿Cómo es esa ciudad que ha dejado atrás el renacimiento luminoso de los siglos centrales del Medievo, el XII y el XIII, que resurge después de los grandes

---

[17] RUIZ DE LA PEÑA: *op. cit.*, p. 89.

[18] LE GOFF: *La Baja Edad Media*, vol. 11 de la "Historia Universal Siglo XXI", p. 282.

desastres naturales, de las guerras y las epidemias del XIV -que eliminaron según cálculos moderados a una tercera parte de la población occidental- y que va a ser plataforma del renacimiento clásico del siglo XV?.

¿Cuáles son los síntomas o las expresiones del cambio de la que ella -la ciudad- es a la vez escenario y protagonista? ¿Cuál es, en fin, su propio papel como símbolo de la renovación de la concepción de la sociedad que se expresa en ese concepto tan impreciso como discutido de *Renacimiento*, del que por vez primera nos habla Vasari a mediados del siglo XVI?.

* * *

Aunque en las postrimerías de la Edad Media la Europa Occidental continuaba siendo un mundo predominantemente rural, de señores y campesinos, incluso en las regiones en las que el comercio y la industria habían alcanzado gran desarrollo, las ciudades adquirían un cada vez mayor protagonismo en la vida de la época, consolidándose firmemente en los siglos XIV y XV en acusado contraste con el mundo rural.

> "Las perturbaciones políticas y las graves dificultades de adaptación a una nueva economía jugaron casi siempre en favor de las ciudades. Al hacerse más fuertes -dira Heers- adquirieron también un aspecto distinto, una vida y una civilización muy originales. En esta época la ciudad era realmente un mundo aparte"[19].

A pesar de que en esta etapa final del Medievo la fundación de ciudades y villas continúa -estamos en la fase que en la periodización de la historia urbana propuesta por Stoob será calificada de período de "las ciudades medias" (1300-1450)[20]-, lo cierto es que los nuevos establecimientos urbanos que se crean ahora, bien en las áreas marginales de Europa o en los viejos países, como en Francia, con motivo de la reconstrucción exigida por las guerras, o en el norte de España, por intereses político-económicos, son de hecho y con pocas excepciones centros que raramente superan el medio millar de hogares y con una acusada función militar o de

---

[19] H. HEERS: *Occidente durante los siglos XIV y XV. Aspectos económicos y sociales* (Barcelona, 1968), p. 154.

[20] Cit. por M. JORIS: "La notion de ville", en *Les catégories en histoire* (Bruxelles, 1969), p. 100.

villas mercado[21]. Entre esas excepciones cabría señalar en la periferia norteña de la Corona castellana el caso de Bilbao, villa fundada en 1300 y llamada a ser muy pronto el más importante centro portuario mercantil de la fachada cantábrica.

Pero más que por la fundación de nuevos centros locales la red urbana de la Europa de finales de la Edad Media se caracterizó por el crecimiento espacial, demográfico y económico de las grandes ciudades, debido fundamentalmente a un proceso de concentración de actividades económicas y políticas en favor de determinadas localidades que gozaban de una situación de verdadero privilegio. Ese proceso acarrearía la ruina o, al menos, la decadencia de muchas "ciudades históricas" que marginadas por los grandes centros de decisión política y económica - las ciudades-corte o las grandes urbes mercantiles o industriales- arrastrarán, en algunos casos hasta nuestros días, una lánguida existencia. Son ciudades que pierden el tren del nuevo tono de vida que se impone en los albores del Renacimiento.

El proceso de concentración urbana de una actividad económica de signo ya claramente capitalista se observa, por ejemplo, en el hecho, certeramente señalado por Heers, de que en el siglo XV los negocios de Italia se hallaban en manos de cuatro grandes ciudades que él califica de verdaderas *metrópolis* de Occidente: Milán, Génova, Venecia y Florencia[22]. En otra escala mucho más modesta, un ejemplo muy expresivo de especialización comercial nos lo ofrece, en la fachada atlántica francesa, la villa de La Rochelle.

Y también se produce un proceso de concentración del poder político que favorece a determinados centros urbanos en que se perfeccionan, multiplicándose, los mecanismos administrativos del nuevo Estado moderno en gestación, de la mano de una nueva nobleza de toga y de un estamento cada vez más numeroso e influyente de funcionarios.

> "En esta época se fijaron las grandes capitales del mundo occidental: ciudades de las cortes, con sus palacios mansiones de príncipes y grandes dignatarios, bien pronto centros mercantiles que vivían de la incesante

---

[21] J. HEERS: *La ville au Moyen Age en Occident. Paysages, pouvoirs et conflits* (Paris, 1990), pp. 99 y ss.

[22] J. HEERS: *La ville*, p. 12.

afluencia de visitantes, de sus hospederías, de sus universidades, que se multiplican, nacionalizando su espíritu, a finales del Medievo. Tal sería la fortuna de centros como París o, en menor medida, Londres, Ruan, Gante o Dijon. En el sur la de Nápoles". En el Mediodía francés Aviñón "capital de una vasta máquina burocrática, ciudad de grandes mercados" donde pululaban los banqueros italianos[23].

Y finalmente están las ciudades renovadas, que se desarrollan en el siglo XV ante las promisorias expectativas de la apertura de unos nuevos mercados impensables hasta entonces, como fue el caso entre nosotros de Sevilla, verdadera puerta abierta de Europa a las nuevas rutas del comercio atlántico, soldadas ya a finales de la decimocuarta centuria a las del espacio mercantil mediterráneo, que llegaría a contar por aquella época con más de cincuenta oficios, una numerosa colonia de mercaderes extranjeros y una población superior a los 75.000 habitantes[24].

También los paisajes urbanos presentan en Occidente, por este tiempo, una extraordinaria variedad. Una visión, quizá excesivamente simplificadora de la cuestión, ha venido estableciendo tradicionalmente una agrupación de las ciudades del tardío Medievo en dos grupos: las del Norte y Oeste de Europa, de vastos recintos, cuyos cercos amurallados englobaban ampios espacios abiertos sin poblar y se extendían por la llanura y las tierras ribereñas de los grandes ríos y los mares; y la ciudad sureña, la mediterránea, de caserío concentrado y grandes densidades de población -Florencia, Génova, Venecia-, en las que -como apunta Heers- quizá una concepción más solidaria de la vida agrupaba a los vecinos en barrios compactos en torno a las iglesias o a las grandes casas señoriales o burguesas. Se ha señalado, creo que discutiblemente, que "esta ciudad meridional, en el siglo XV, era la acaba expresión de la civilización urbana medieval"[25].

Pero descendiendo al detalle, la realidad de los paisajes urbanos era mucho más compleja. Los condicionamientos geográficos, las distintas funciones predominantes en cada caso y la influencia de la propia historia política y económica, su

---

[23] HEERS: *Occidente*, p. 158.

[24] A. COLLANTES DE TERÁN: *Sevilla en la baja Edad Media. La ciudad y sus hombres*, Sevilla, 1977.

[25] HEERS: *Occidente*, pp. 169 y ss.

particular evolución, determinaron tipos muy diversos de agrupaciones urbanas. En el ocaso de la Edad Media el mundo urbano europeo presenta un aspecto de extraordinaria complejidad tanto en su morfología como en su población, en la dedicación de los pobladores, en sus pautas de comportamiento y en los niveles de especialización y jerarquización de sus espacios *intra* y *extra* muros. Puede afirmarse sin reservas -y tal afirmación es válida también para épocas anteriores y posteriores- que los paisajes urbanos tenían un grado de diversidad mucho mayor que la que ofrecían los paisajes rurales, porque correspondían a tipos de sociedades y de economías mucho más complejas.

En esa ciudad polifuncional y al margen de otras dedicaciones que pueden llegar a ser predominantes en determinados casos o, al menos, caracterizadoras de una singular fisonomía social e incluso física, el comercio y las actividades industriales que lo acompañan continúan jugando un papel fundamental, como verdadero motor del poder patricio ciudadano[26]. Así lo reconocen inequívocamente los tratadistas de la época que, por otra parte, no dejarían de ensayar definiciones de la realidad social ciudadana tal como ellos la percibían. Así, las que formulan,entre nosotros, Rodrigo Sánchez de Arévalo o F. de Eiximenis.

> Para el primero de ellos uno de los "buenos fines" por los que "toda ciudad es fundada...(es)...por causa de las comutaciones, que son troques, compras e ventas o contractos necesarios a la vida humana", mientras que Eiximenis destacará igualmente la importancia fundamental de las relaciones comerciales: "Con el fin de que todos tengan suficiente de aquello que les es necesario se debe establecer que los unos comercien con los otros y hagan diversas compras y ventas..."[27].

En todo caso -y como señala certeramente Heers- la ciudad se convirtió en esta época final de la Edad Media en "exponente de una nueva civilización, lentamente elaborada en los siglos anteriores, y se afirmó en sus aspectos exteriores, en

---

[26] BAREL: *op. cit.*, p. 67.

[27] *Suma de la Política*, 1, pr. y S. VILA: *La ciudad de Eiximenis. Una propuesta teórica de urbanismo en el siglo XIV* (Valencia, 1984), p. 75. También A. ANTELO IGLESIAS: "La ciudad ideal según fray Francesc Eiximenis y Rodrigo Sánchez de Arévalo", en *La ciudad hispánica durante los siglos XIII al XVI*, I (Madrid, 1985), pp. 19-50.

su estética peculiar y en sus formas de vida. Puede decirse ya lo que antes no parecía muy claro: que al final de la Edad Media Occidente conoció una civilización urbana opuesta -y en cualquier caso, muy distinta- a la de las campiñas"[28].

En el siglo XV la ciudad europea, cerrada cada vez más sobre sí misma, se aisla del campo y defiende su propia identidad social, económica e incluso política y sus peculiares hábitos mentales del entorno rural hostil, mediante murallas constantemente renovadas y fortalecidas en esta época. Esos cercos amurallados son la contraseña visible de la ciudad[29] y respresentan mucho más que la expresión de una función defensiva y una autonomía político-administrativa. Como señala con razón Cipolla, "las murallas de la ciudad adquirían un significado simbólico: marcaban el límite entre dos culturas en conflicto"[30]. Fuera de ellas, en los campos europeos del ocaso de la Edad Media se perpetúa la concepción tripartita de la sociedad feudal: el mundo de los oradores, los defensores y los labradores, aunque los segundos, la vieja aristocracia militar, muy drenada ya en su influencia por siglos de guerras y por le empuje de las nuevas formas de vida irradiadas desde la ciudad, vaya gradualmente abandonando sus viejos castillos fuertes para aproximarse a una corte, a un nuevo estilo de vida cortesana, que tiene ya su escenario propio dentro de los muros de las ciudades. En sugestiva apreciación de Spengler, "el castillo se ha convertido en palacio ciudadano y el caballero se ha tornado patricio"[31].

Dentro de esos muros, que también atraían, cada vez en mayor número, a inmigrantes venidos de los campos, llamados a engrosar, sobre todo en las grandes ciudades industriales del noroeste de Europa y norte de Italia, las filas de un proletariado urbano en continuo crecimiento, se nos ofrece un mundo social muy diversificado, en cuyos polos extremos se sitúan una aristocracia que controla los negocios y es también dueña, o al menos partícipe, del poder civil, sin olvidar su aportación a los cuadros eclesiásticos, y una plebe, el pueblo menudo, "más o menos numeroso, sin ningún poder político ni económico pero cuya sóla presencia, aspi-

---

[28] HEERS: *op. cit.*, p. 161.

[29] E. ENNEN: *Storia della città medievale* (Roma- Bari, 1975), p. 95.

[30] C.M. CIPOLLA: *Historia económica de la Europa preindustrial* (Madrid, 1976), p. 153.

[31] SPENGLER: *op. cit.*, p. 347.

raciones y revueltas -se ha dicho con razón- gravita sobre toda la ciudad"[32]. Una ciudad que es también caldo de cultivo de una masa no pequeña de excluidos o marginados: leprosos, prostitutas, vagabundo, lisiados...

El patriciado, la alta burguesía, aliada a la nobleza de toga e incluso de sangre, a la que trata de emular y de la que pretende -y consigue no pocas veces- formar parte, de una gran movilidad -hay abundantes testimonios de rápidos ascensos y declives de los linajes de las aristocracias urbanas- dará el tono a la nueva vida de las ciudades del Occidente europeo en el siglo XV. Unas formaciones urbanas que acogen sociedades dinámicas en las que se impone decididamente una poderosa clase de hombres de negocios que introduce nuevas costumbres, muestra una decidida inclinación al lujo, la comodidad y el ornato e infunde con sus casas -las de los mercaderes florentinos, venecianos, genoveses, flamencos o hanseáticos- un sello propio a las bellas plazas de sus ciudades. Es una sociedad que rinde culto al orden, ideal burgués que se oponía a la guerra y que tiene una fiel plasmación plástica en el célebre fresco del *Buen Gobierno*, pintado por Lorenzzetti en el Palacio de la Señoría de Siena. En él se exaltan

> "los beneficios de la administración comunal, de la paz de los mercaderes, opuesta a la guerra y a los desórdenes, y se representa un cuadro preciso de las actividades de la ciudad: de sus calles, pobladas de artesanos; de las plazas donde se reunían los empleados y agentes de comercio; paisajes familiares que los flamencos solían representar asimismo en los fondos de las escenas religiosas de las pinturas..."[33].

Es una nueva concepción del arte, acorde con el nuevo tono de vida, que ha sido calificada, con razón, de realismo burgués.

* * *

Esa sociedad urbana del siglo XV será la que a lo largo de esta centuria, e incluso ya desde la anterior, protagonice el cambio de toda una concepción del hombre y de la vida que marca el tránsito del mundo medieval al mundo moderno.

---

[32] HEERS: *op. cit.*, p. 174.

[33] HEERS: *op. cit.*, p. 187.

No es posible referirse aquí con detalle a todas las manifestaciones, ni siquiera a las más importantes, que expresan en el Otoño de la Edad Media esa renovación de la concepción antropológica de la sociedad, que se hace desde y por las sociedades urbanas. Retendremos únicamente tres rasgos bastante representativos, pienso, del espíritu del nuevo mundo en gestación: el triunfo de una nueva ética, el triunfo de una nueva estética -la aspiración a una vida más bella, de la que nos habla Huizin-ga[34]- y, dominando todo el conjunto, la radical afirmación del individuo como portador de unos valores personales -el mito de la gloria- que se sitúa en el centro mismo de la concepción de la sociedad y constituye, en rigor, el pivote sobre el que girará el nuevo humanismo renacentista.

La ruptura con el orden tradicional, medieval, se expresa primariamente en una gradual liberación del pensamiento respecto a la tutela de la Iglesia.

> "La ciudad es espíritu -dirá Spengler-. La gran ciudad es el "pensamiento libre". La burguesía, la clase social del espíritu, comienza a darse cuenta de su existencia propia al oponerse a las potencias -"feudales"- de la sangre y de la tradición... El espíritu de la ciudad reforma la gran religión de los tiempos primitivos y coloca junto a la antigua religión de clases una religión burguesa: la *ciencia libre*"[35].

Porque, efectivamente, el culto a la ciencia, al progreso científico, es otro de los grandes polos de atención de la nueva concepción de la sociedad en el Otoño medieval, hasta el punto de que en las formulaciones de los teóricos de esta época la gloria de las artes y las ciencias se equipara al viejo concepto feudal del honor noble y se hace incluso compatible con el más noble de todos los ejercicios vitales: el de las armas. Así lo declara, entre otros, en 1437, el Marqués de Santillana, cuando escribe al príncipe don Enrique de Castilla invitándole a interesarse por las letras, porque -dice Santillana- "la sciencia non embota el fierro de la lança nin face floxa la espada en la mano del caballero".

Es la misma conjunción armónica que se hace presente en la vida de uno de los más representativos ejemplos del ideal caballeresco en la última Edad Media -el

---

[34] J. HUIZINGA: *El Otoño de la Edad Media. Estudios sobre las formas de la vida y del espritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Paises Bajos* (Madrid, 1967), pp. 50 y ss.

[35] SPENGLER: *op. cit.*, p. 119.

mariscal de Boucicot- para quien -recuerda Huizinga- "dos cosas hay puestas en el mundo como dos pilares por la voluntad de Dios, para sostener el orden de las leyes divinas y humanas...la caballería y la ciencia"; por otra parte, ciencia, fe y caballería serán las tres lises de la capilla de flores de lis de Felipe de Vitry[36].

Ya mucho antes, en Castilla, el canciller y cronista Pero López de Ayala, invocando el principio "quod omnes tangit", llamaba a los doctores y letrados, equiparándolos a los prelados y caballeros, y a los burgueses, a sumarse al Consejo de la Corona:

> "E sean con el rey al consejo llegados,
> Perlados, cavalleros, doctores e letrados,
> Buenos omes de villas, que hay mucho onrrados;
> E pues a todos atanne, todos sean llamados"[37].

Al final de la Edad Media, la equiparación de la nobleza y la ciencia se revela en la tendencia a reconocer al título de doctor los mismos derechos que al título de caballero[38]. Recuerda Le Goff cómo en 1391 Froissart distinguía ya los caballeros en armas y los caballeros en leyes; tiempo después, en 1533, Francisco I otorgaría la caballería a los doctores universitarios[39].

* * *

Las fuerzas creadoras que libera el primer humanismo, ya desde el precursor Petrarca, buscan su forma de expresión en el retorno a los clásicos, redescubiertos ahora en una dimensiòn que nada tiene que ver con el reconocimiento que a la tradición cultural y al magisterio de sus hombres habían rendido los intelectuales del primer renacimiento medieval, el de las escuelas urbanas y las universidades de los siglos XII y XIII, que tan bien sintetiza el lema antológico del maestro Bernardo de Chartres:

---

[36] HUIZINGA: *op. cit.*, p. 100.

[37] P. LÓPEZ DE AYALA: *Rimado de Palacio*, B. A. E., vol. LVII (Madrid, 1952), p. 434.

[38] HUIZINGA: *op. cit.*, p. 100.

[39] LE GOFF: *Los intelectuales*, p. 175.

[40] LE GOFF: *op. cit.*, p. 40.

> "Somos enanos encaramados sobre espaldas de gigantes. Si alcanzamos a ver más que ellos y más lejos, no es porque nuestra vista sea más aguda o nuestra estatura mayor, sino porque ellos nos llevan en volandas y nos elevan sobre sus alturas gigantescas"[40].

El homenaje que esos modernos del siglo XII rinden a los antiguos tiene que ver muy poco con el retorno de los clásicos de los humanistas de los siglos XIV y XV.

Como sugieren R. Romano y A. Tenenti, "visto desde el exterior, el humanismo, sobre todo literario, en su primera fase -es decir, concretamente entre 1340 y 1440-, es la vuelta casi entusiasta a una cultura remota, marginada por el cristianismo medieval, pero no suficientemente olvidada para poder redescubrirla como una novedad". Ese retorno tuvo su origen en motivos precisos, el más importante de los cuáles sería la exigencia de dar a la nueva sociedad laica una cultura de configuración autónoma[41].

Donde primero se da ese entusiasta retorno a la Antigüedad es en Italia, de donde, en realidad, la Antigüedad no había estado ausente nunca. La ruptura con un pensamiento anquilosado, encorsetado en el dogma eclesiástico, que todavía era la tónica dominante en el mundo urbano europeo hasta mediados del siglo XIV, y el efecto vivificador, regenerador, del retorno a los clásicos, es un sentimiento que encontramos ya nítidamente reflejado en las reveladoras palabras de Petrarca:

> "La sóla vista de los hombres actuales -escribe el delicado poeta de Arezzo- me hiere profundamente, mientras que el recuerdo, las enseñanzas, los nombres ilustres de los antiguos me dan alegría, tan espléndida e inestimable que, si el mundo lo supiera, quedaría sorprendido de que encuentre tanto placer en las conversaciones con los muertos y tan poco con los vivos".

"Los primeros humanistas -vuelvo a citar a Romano y Tenenti- tomaron de nuevo en sus manos las obras antiguas casi como sus contemporáneos reformado-

---

[40] LE GOFF: *op. cit.*, p. 40.

[41] R. ROMANO y A. TENENTI: *Los fundamentos del mundo moderno. Edad Media tardía, Reforma, Renacimiento*, Historia Universal Siglo XXI, vol. 12 (Madrid, 1979), pp. 115 y s.

res eclesiásticos volvieron a tomar la Biblia y, especialmente, el Nuevo Testamento. Wiclif y Groote o Tomás de Kempis querían hacer de la Revelación la base y el texto de una auténtica vida cristiana. Petrarca, Guarino o Coluccio Salutati quisieron que los autores latinos se convirtieran en modelos de estilo, de pensamiento y de vida"[42].

Ese interés entusiasta que los hombres cultos del *Trecento* muestran por los autores antiguos, religiosos y profanos, continúa y se acentúa incluso, no sólo en el plano literario sino en el de las artes y las ciencias todas, con sus sucesores del *Quattrocento*. El estudio y análisis atentos de esos autores les lleva a captar la plenitud de su espíritu y "descubren una civilización con su centro en la tierra, el hombre y la razón"[43]. Es una actitud que sintetiza muy bien Leonardo da Vinci cuando afirma: "l'uomo è modello dello mondo".

El humanismo de los siglos XIV y, sobre todo, XV fundamenta así la estructuración de una nueva sociedad profana europea, predominantemente burguesa porque la ciudad o, más exactamente, las grandes ciudades mercantiles constituyen sus grandes centros vitales; es una sociedad que ha rechazado ya la cultura eclesiástica y forja una nueva ética, base de una nueva estética, que se libera de la tradicional negación medieval del goce de la vida como algo en sí pecaminoso.

Desde las postrimerías del siglo XV el Renacimiento, a partir del interés por lo individual, de una experiencia crítica creciente en menoscabo del dogmatismo, de un avance del realismo en las artes plásticas, en la literatura, en la música, a expensas del idealismo y del simbolismo anteriores, de una búsqueda de la belleza por sí misma, llevará a sus últimas consecuencias el nuevo *ethos* humanista y por ende -como señala certeramente L. Génicot- "tiende a vaciar todo de su contenido cristiano. Exalta el esplendor de la criatura y olvida casi al Creador. Magnifica al hombre, su fuerza, inteligencia, belleza y libertad y se detiene embriagado en este punto. De este modo produce una falla entre lo natural y lo sobrenatural, lo separa de Dios y le otorga un valor absoluto"[44]. En una palabra, mina profundamente las

---

[42] R. ROMANO y A. TENENTI: *op. cit.*, p. 117.

[43] L. GÉNICOT: *op. cit.* , p. 297.

[44] GÉNICOT: *op. cit.*, p. 297.

bases de sustentación de lo que hasta entonces había sido -y ya no sería más en adelante- la civilización medieval.

> "La evolución de las artes y de las ciencias y letras es parecida a la del medio ambiente político, económico y religioso. Los progresos de los Estados, la creciente preponderancia de la industria y el comercio y la regresión de la Iglesia minan igualmente los cimientos sobre los que se había asentado Occidente tras las invasiones germánicas y preparan el advenimiento de un mundo dividido por el nacionalismo, dominado por el individualismo y absorbido por el universo sensible"[45].

Y en el centro de atención, omnipresente, está el hombre, con unas expectativas de supervivencia en sus valores meramente terrenales que nada tiene que ver ya con la actitud de la tradición medieval ante la muerte; el individuo, ensalzado por el mito de la gloria, que se encuentra en la base misma de la nueva concepción antropológica de la sociedad europea del siglo XV que tan bien refleja uno de los grandes humanistas de la época -Lorenzo Valla-, al final de su diálogo *De voluptate*, escrito hacia 1430:

> "El mismo Dios Hombre no podrá ya seguir esperándote a ti, hombre-Dios que llegas -escribe Valla. Se levantará de su trono y, con gran virtud y majestad, saliendo del palacio real, irá a tu encuentro hasta la puerta oriental, con millares y millares de purpurados. No te será ya ni siquiera lícito prosternarte en su presencia"[46].

Palabras reveladoras que encuentran un fiel correlato en las que escribía años después, ya a finales del siglo XV, otro gran humanista y universitario -Pico della Mirandola- comentando el Génesis y poniéndolas en boca de Dios dirigiéndose a Adán:

> "Te he puesto en el centro del mundo para que puedas mirar más fácilmente a tu alrededor y veas todo lo que contiene. No te he creado ni celestial ni ser terreno, ni mortal ni inmortal, para que seas libre educador y señor de ti mismo y te des, por ti mismo, tu propia forma. Tu puedes dege-

---

[45] *Ibidem*.

[46] ROMANO y TENENTI: *op. cit.*, pp. 110 y s.

> nerar hasta el bruto o, en libre elección, regenerarte hasta lo divino... Solo tú tienes un desarrollo que depende de tu voluntad y encierras en ti los gérmenes de toda vida"[47].

Ph. Wolf apostillará este pasaje de la *De hominis dignitate oratio*, de Pico della Mirandola, diciendo que es una elocuente manera de expresar que el hombre se convierte en la medida fundamental de la civilización.

De una civilización que es en el siglo XV, ante todo, urbana y burguesa. Porque al fondo de la nueva visión del mundo que cristalizará muy poco tiempo después, ya en pleno Renacimiento, estará presente, como referencia inexcusable, la ciudad. La ciudad ideal que imaginan Alberti o el gran Leonardo, copiando el modelo de ciudad humanizada de Vitrubio. O la ciudad de Amautore, que Tomás Moro sitúa en el centro de la isla de Utopía y que Mumford considera "el ejemplo más cabal del pensamiento medieval tardío"[48].

Porque en la Edad Media que agoniza, los senderos del nuevo humanismo ya no conducen a la paz del monasterio o al patio de armas del castillo feudal; monasterios y castillos que durante siglos enseñorearon la vida de los campos de Europa.

Los senderos del humanismo convergen en las plazas urbanas, a las que abren sus puertas las nuevas universidades y tienen su asiento los negocios y las residencias de los burgueses. Allí, en la plaza del común y de los mercaderes, en las torres de los campanarios -que no son ya necesariamente los de las catedrales- "las campanas de ciudad -dirá Heers- marcaban regularmente el tiempo de los banqueros, más preciso porque costaba dinero, y mostraban grandes relojes", orgullo de las comunidades urbanas.

> "Relojes y campanarios eran símbolos de esta civilización de hombres de negocios que tomaban del mundo otra medida y de la vida otro gusto"[49].

---

[48] MUMFORD: *op. cit.*, p. 458.

[49] HEERS: *op. cit.*, p. 193.